

PECADOS MORTALES. POPULISMO E INSTITUCIONES EN LA TERCERA OLA DE DISCIPLINAMIENTO

Guido Cappelli

Università degli Studi di Napoli "L'Orientale"

DEADLY SINS. POPULISM AND INSTITUTIONS IN THE THIRD WAVE OF DISCIPLINE

Los últimos diez años han cambiado el mundo, nuestro mundo. Tal vez nunca se habían producido cambios tan sustanciales y profundos en tan poco tiempo como en esta “modernidad acelerada”. Una “crisis” financiera –la famosa *subprime*– funciona como un *shock* para poner en marcha, o tal vez hacer visible y palpable, una convulsión no sólo económica, sino que afecta a las relaciones sociales e individuales, a las laborales, pero también a las personales, incluso amistosas y sexuales. Hablamos de “ventana de oportunidad” –pero no sabemos cuáles, para quién, para qué.

De repente, nos damos cuenta de que los modelos “clásicos” de la Europa de la posguerra –*welfare* y soberanía– se desvanecen en una extraña salsa tecnocrática en la que la soberanía nacional se ha dislocado, diluido para unos y fortalecido para otros, sin

que haya surgido nada equivalente a nivel internacional, sino sólo a la ley salvaje del “mercado”. Menos *welfare* para todos, menos soberanía para casi todos. Así es como se ha hundido el sueño europeo.

Para el ciudadano medio es una catástrofe, y bastan para demostrarlo los miles de millones que, en una sola década, han pasado de la renta del trabajo a la renta financiera. Pero para el intelectual *des-orgánico* es una oportunidad para volver a pensar, después de la falsa “muerte de la historia”. Pensar significa pesar: pesar las palabras, poner a prueba los conceptos (históricos) ante la confusa y testaruda *realtà effettuale*. Este es el mérito no despreciable del libro de José Luis Villacañas, y es también la razón por la que decidimos traducirlo casi inmediatamente: entraba en disputa, dentro de la lucha política e ideológica, en el ruido de la batalla, con la valentía de mirar esa realidad *effettuale* a la cara: a diferencia de una izquierda desorientada, y en consecuencia tan enojada, dogmática, neurótica: ¡todo es “fascismo”!

Protección, seguridad, precariedad, pobreza (energética, habitacional, cultural, financiera, moral...). Identidad. República. Patria. Pueblo. Soberanía. El punto de partida es la crisis, desigual, de la soberanía popular con base nacional-territorial, tal y como fue codificada desde los inicios de la Modernidad. Pero la soberanía no ha desaparecido, solo se ha “dislocado”, se ha convertido en un bien de lujo: unos la tienen plena, otros reducida, otros mínima. Y otros ya no la tienen. Cuando estos últimos la reclaman, el camino marcado por el poder se llama Grecia o Venezuela. Los esfuerzos y las (¿falsas?) promesas de crear una “soberanía alternativa”, supranacional y no territorial, han naufragado miserablemente. Resultado: lo que podemos llamar *poderes entrelazados no electos* (economía-política-medios de comunicación = tecnocracia) se insinúan en este vacío. Villacañas nos avisa con tempestividad del terremoto político y existencial que se ha derivado de ello. Porque estamos en una delicadísima Escila y Caribdis: la Escila de la pérdida de la soberanía nacional por injerencia externa pública/privada: como cuando, una mañana de mayo de 2010, después de una noche de insomnio, Zapatero fue al Parlamento a derogar todas, pero todas, las medidas sociales tomadas por su segundo gobierno; o como cuando Tsipras, en julio de 2014, se arrodilló ante la Troika después de ganar un referéndum en contra... de la Troika. La Caribdis de una reacción populista “vacía”, es decir, abierta a cualquier contenido. ¿Momento populista? Nunca el “enemigo externo” había sido tan visible y presente. La izquierda fracasó frente a las élites voraces y rapaces. Ahora parece que lo están intentando las derechas. Derechas extremas. No conservadoras, sino, por el contrario, revolucionarias.

Las culturas políticas hasta hace poco dominantes –liberal socialismo, conservadurismo *agée*, que hicieron la Europa de la posguerra– ya no tienen las herramientas para hacer frente a esta situación. Están exhaustas, esclerotizadas. Aquí no funcionan ni el cosmopolitismo –porque no agrega suficientes intereses transnacionales– ni la soberanía pura –porque se hunde en contradicciones internas (falta de coincidencia de intereses entre clases, manipulación desde arriba).

Entonces –momento populista– el *pueblo* puede constituirse con *movimiento defensivo*. Estamos en los “universales” políticos de ascendencia schmittiana: recuperación de la soberanía mediante cierre/exclusión de sus *enemigos*. Básicamente, es el movimiento del noveno capítulo del *Príncipe* de Maquiavelo: el *pueblo* amenazado se constituye como totalidad: de “pueblo” como *plebs* a “pueblo” como “comunidad espiritual” –cuerpo político colectivo. Con un *miembro* que se hace expresión de esa colectividad: el *príncipe civil*: “El pueblo, por su parte, viendo que no puede defenderse ante los grandes, aumenta la reputación de alguien y lo hace príncipe, a fin de que *su autoridad lo mantenga defendido*.”

Bajo este prisma, el populismo se presenta como una mecha, un empuje inicial, el momento fundacional, constituyente de una forma de (re)agregación política, un “resetear” a la sociedad en un nuevo “pacto”, público y común, y que se traduce a nivel estatal: la agregación propulsora que se encuentra en la base de *cualquier* constitución política *viva*. Sólo en parte racional, porque (realistamente) alimentado por emociones: por lo tanto, *no* una fuerza política concreta, sino una condición previa básica, una disposición a implementar, una actitud política a cultivar, para fomentar una regeneración, una refundación, que es moral, pero también institucional (Maquiavelo lo esquematiza en la fórmula: “salire dall’ordine civile allo assoluto”). Es el triunfo de lo *político*, centro estructurador y constituyente, reivindicando el valor de la *pasión*, de la solidaridad amistosa, del cuidado del otro (en términos clásicos, *amor*), junto y como parte de la *razón* política (la *ratio* que guiaba el pensamiento *político* del Occidente clásico).

Es natural y comprensible que las teorías republicanas, de diversos signos y de diversa procedencia, vean en esta convulsión algo curioso, arriesgado, amenazante – amén de insoportablemente irritante. Pero el péndulo ya se había movido, desde cuando, entre los años ochenta y noventa, el *establishment*, de derecha y de izquierda, repetía que la Historia había terminado, que la política se reducía a una alternancia más o menos mecánica entre *dos* fuerzas complementarias pero nunca antagónicas.

Ahora bien, ¿qué estrategias, qué herramientas teóricas, qué armas conceptuales ha puesto en marcha el republicanismo teórico-político, en todas sus múltiples formas, para evitar el colapso de las instituciones democráticas y representativas (por muy

imperfectas que fueran), sacrificadas en el altar de “instituciones” de más que dudosa legitimidad, FMI, Banco Mundial y demás, en una deriva tendencialmente totalitaria y orwelliana?

El populismo es el espejo de un fracaso teórico y político, el sarpullido que se produce cuando las confortables teorías del debate llamado “racional”, la imagen tranquilizadora de unas instituciones al servicio de la colectividad, resultan utópicas e ilusorias. En esto, es extremadamente lúcido el análisis de Villacañas: el *verdadero* interlocutor del populismo es el republicanismo –también porque, con sólo un toque de provocación, se puede argumentar que *todas las formas* modernas de democracia no populista (incluido el liberalismo) son formas de republicanismo (más aristotélico, si se enfoca desde “la izquierda”; más “ciceroniano”, si se enfoca desde “la derecha”).

El populismo (Villacañas lo ve claramente, aunque no lo aprueba) denuncia el voluntarismo prescriptivo del republicanismo (un “deber ser” prescrito como universal por una burguesía que en realidad está bien identificada históricamente, fase por fase, época por época); el riesgo es la dogmática (el intelectual *radical chic* señalando con el dedo y las propuestas poco realistas porque se basan en una idea voluntarista de subjetividad racional que tiene algo de utópico).

Y eso que, ya desde principios de los años 2000, Chantal Mouffe había “redescubierto” y propuesto las raíces de una política competitiva, conflictiva, desprovista de ficciones “centristas”, de “proyectos compartidos”: el rey se quedaba, definitivamente, desnudo.

Una cuestión crítica que plantea Villacañas es la relación, en su origen, “conflictiva”, entre las instituciones (estatales, “republicanas”) y el momento populista “constituyente”, porque éste se alimenta, desde luego, de una crisis, de un silencio de las instituciones, incapaces, hasta la parálisis, de responder a las necesidades de los ciudadanos. Creo que se puede reflexionar sobre esta supuesta incompatibilidad “estructural”. Hay que imaginar un paisaje salpicado de *ruinas* –de las instituciones, pero también, y en consecuencia, de la convivencia, de los lazos de solidaridad que se dan entre los miembros de una comunidad. Ahora bien, el momento del colapso de las instituciones no conduce necesariamente al populismo. Tal vez cree desafección, distanciamiento. Pero el “punto de inflexión” populista es cuando las instituciones se alejan en *ciertos aspectos* (los aspectos “públicos” de la redistribución y la solidaridad) y se acercan *demasiado* en otros (los de la vida individual, del comportamiento individual, de las actitudes subjetivas: *biopolítica*). Hay un *punto de no retorno* en el que lo “privado”, no sólo en su dimensión mayor, de grandes corporaciones que tratan de influir en la vida asociada, sino también en la menor, la de

las idiosincrasias personales, de la solidaridad grupal, de las relaciones de género, toma la delantera: una miríada de “derechos privados” paraliza la sociedad: ya no son “saludables” corporaciones protectoras y agregativas, sino grupos e individuos en permanente conflicto estructural, *l'un contro l'altro armati*, en una pretensión espasmódica de “identidades”, inviolables, soberanas. La soberanía parece transferirse de la esfera pública, colectiva, a la individual: del macrocosmos comunitario al microcosmos identitario.

La metamorfosis genética de las instituciones liberal-socialistas ha derivado en la última forma de biopolítica: la del comportamiento (incluso íntimo) y de la “mercantilización” del individuo/producto, con la devaluación, la intercambiabilidad y hasta la sustancial irrelevancia del trabajo. Es este pánico lo que, junto con el empobrecimiento y el abandono por parte de las instituciones tradicionales –en la doble vertiente de la desintegración de los mecanismos de la relación privada (familia, amistad...) y económica (redistribución de la riqueza, reconocimiento del trabajo)–, amenaza la existencia misma de un pueblo, entendido ciceronianamente como “*concilia coetusque hominum iure sociati*”. Cuando, y solo cuando, el *ius* se convierte en un instrumento para la desestructuración de este pueblo –en primer lugar, alterando su posición social para peor a través de la precariedad y la jerarquización de las relaciones laborales– se generan las condiciones para el *momento populista*. El populismo es ante todo una forma, un dispositivo *defensivo* que tiende a crear una unidad amenazada, cuando la amenaza es real porque combina el nivel de la legislación positiva con el de los comportamientos y las relaciones de poder. Es una respuesta no solo al distanciamiento de las instituciones, sino a su percepción como enemigas o, peor aún, como amenazantes dispositivos de dominación; el caso de la Comisión Europea y la rápida erosión de su prestigio es macroscópico, pero nuestra realidad cotidiana está repleta de “instituciones” que solo se representan a si mismas.

(La contraprueba es que medios de comunicación y voceros del *establishment* –(neo) liberal y liberal-socialista– parecen muy interesados en impedir una correcta definición pública del concepto, mientras que, por otro lado, hacen un uso completamente no-científico del mismo, como palabra-proyectil, palabra-espantapájaros, huyendo de todo análisis racional, para dedicarse a señalar, en negativo, los fenómenos más dispares, que poco tienen que ver entre sí –de Orbán a Corbyn, de Podemos a Trump, de Amanecer Dorado a López Obrador: en un festín de malentendidos que revela un cínico juego al despiste).

Precisamente por eso, el populismo no puede prosperar en la ignorancia (como insiste una opinión superficial e ideológica que Villacañas, por su parte, aborrece): por

el contrario, promueve la emancipación, la participación y el conocimiento: *empoderamiento* –hacerse *sujeto político*. Tal subjetividad evita el riesgo (que sería ingenuo negar) de que la conexión popular con el “príncipe civil” implodiere bajo el impacto de la realidad, en forma de imposibilidad de armonizar las diferentes demandas (con el consiguiente cierre “tiránico” o colapso “anárquico”). Pues bien, sin este convertirse en sujeto, sin conciencia, sin interlocución comunitaria y de las comunidades con los poderes públicos, no hay momento populista, sino sólo la persuasión pasiva de masas alienadas: demagogia de derechas (como ya denunciaba Mouffe).

Por eso el populismo es una teoría íntegramente democrática. Es la respuesta a la necesidad, sentida en Europa y América ya desde los años noventa, de reformular la relación individuo/colectividad/instituciones. Como intuyó Hugo Chávez, en una realidad donde el proceso de construcción del Estado es débil, el populismo garantiza una mayor cohesión del cuerpo político y, lejos de representar una especie de “anarquía” institucional, es más bien un instrumento para fortalecer las atribuciones del Estado, un mecanismo de (re)construcción estatal. Al igual que el republicanismo, el populismo se basa en la idea de que el Estado nació como un factor de igualación y dique de contención de los poderes privados, “feudales”; pero sus respectivas estructuras políticas profundas son muy diferentes. El republicanismo, en su mejor versión, puede compararse, en términos aristotélicos, con una aristocracia, en el sentido de una selección abierta de las mejores clases dirigentes en un proceso de recambio y movilidad. El populismo, en cambio, tiene más bien la estructura de una monarquía “electiva”, donde la cohesión se obtiene mediante *identificación*, simbólica pero también crítica, de un *líder* que es todo menos *absoluto*, responsable ante la comunidad popular. Las degeneraciones respectivas serían por lo tanto (siempre en términos aristotélicos) *oligarquía* y *tiranía*. Históricamente, la tradición republicana siempre ha jugado con el “terror del tirano”, identificando a menudo con la tiranía cualquier forma de gobierno “no republicana”, incluidas aquellas basadas en una relación directa y responsable entre *el caput* y el cuerpo político. (Un ejemplo macroscópico es el panfleto del siglo XVI sobre la *Servitude volontaire* de Étienne de la Boétie, un ambiguo “canto a la libertad”, que es en realidad una airada denuncia del intento de centralización y racionalización llevado a cabo por el Estado monárquico francés, y un alegato en favor de los privilegios de casta de la pequeña nobleza francesa).

Esta actitud amenaza el discurso republicano con las sombras de la falsa conciencia, es decir, lo hace difícilmente reformable, incapaz de replanteamiento. Pero el colapso político y teórico del republicanismo revela descarnadamente el caso aristotélico antes mencionado: la degeneración de la aristocracia “del mérito” en oligarquía ya no legiti-

mada por mecanismos que promueven la excelencia y la transparencia. El dispositivo se ha roto en la movilidad social y en la rotación de la clase dirigente, y esto explica por qué, por ejemplo, en Italia, se multiplican los “frentes republicanos” formados por los restos de las antiguas derechas “conservadoras” e izquierdas “reformistas”, ahora convertidas en oligarquías autorreferenciales. ¡Y luego nos sorprende la volatilidad y desorientación del electorado!

El populismo, por su parte, al tener una menor vocación institucional en su fase auroral –debe desbaratar al menos parte del mecanismo oligárquico en el que se ha convertido la “primacía del derecho” republicana–, es por su propia naturaleza útil para reconstituir redes de conexión social, en torno a demandas sectoriales sintetizadas y armonizadas por el “príncipe civil” o, si se quiere, por el grupo gobernante emanado del *populus*: es más cercano, más “protector”, más etimológicamente humanista. Su característica es un cierto grado de informalidad: insiste en el comportamiento público, *mores*, además de, junto a, y (en cierta medida) en lugar de, *leges*, según la mentalidad humanista: “Sunt ei [scil. para el príncipe] leges naturae non inscriptae litteris, sed impressae moribus”. Y podemos volver por un momento al pensamiento renacentista para revivir conceptos políticos que ahora están desvanecidos: *amor*, *amicitia* política, organicismo protector, *mutua caritas*; *emulatio* antropológica, basada en la idea platónica de la transmisibilidad “desde arriba” de la virtud; y por otro lado, relación de identificación, pero también *control* por parte del “ojo del pueblo”, la mirada crítica, el juicio sobre la acción del *princeps*: en una palabra (como ya he tenido oportunidad de decir): “instituciones con alma”. Si, como sugiere Laclau, el populismo *preexiste* a la política institucional, precondition y casi alimento de esta, entonces se basa en parte en sentimientos, percepciones de identificación emocional susceptibles de traducirse en demandas plurales y racionales, vehiculadas políticamente por una estructura institucional.

Para concebir el auge del populismo, pues, es necesario referirse a las propuestas del actual *turboneoliberalismo*, sobre todo, paradójicamente, en su versión “progresista”, sentida como la más implacablemente globalista, capaz de proponer una hegemonía “cosmopolita” contra la que no hay malestar material, ni protesta, que valga. Entre el desconcierto de un número creciente de ciudadanos, el neoliberalismo, en su última versión, incluso antes que una doctrina económica, es un código normativo del *estar en el mundo*, una gigantesca reestructuración de las relaciones interpersonales: en sentido *jerárquico*, en la esfera del trabajo, y *puritano*, deshumanizador, en la esfera de las relaciones humanas. A diferencia del feudalismo histórico, el modelo de relación propuesto

por este neoliberalismo progresista surgido de las cenizas del republicanismo afecta, biopolíticamente, a todos los niveles de existencia, abarcando prácticamente todas las esferas de la estructura relacional creada en veintiséis siglos de vida de Occidente. Mencionemos las más llamativas: la relación alumno-profesor, con el vaciamiento de la función pedagógica del segundo, reducido al humillante papel de consultor-compañero; la relación hombre-mujer, quizás la más delicada, ya que está atravesada por factores relacionados con el instinto, con el impulso natural, y hoy basada en el conflicto y en un absurdo revanchismo antihistórico alimentado por un confuso derridismo y foucaultismo; la relación padre-hijo, donde las instituciones “republicanas”, instancias cada vez más invasivas de supuesto “progreso”, se arrogan el derecho a socavar la autoridad y la autonomía educativa de los padres en nombre de los principios abstractos, si no orwellianos, de una pedagogía de “competencias” –incluidas las supuestamente “cívicas”– y “habilidades” falsamente emancipadora.

El método de esta que amenaza con convertirse en una distopía “liberal-progresista”, consiste en desestructurar, *deconstruir* las relaciones individuales, normalizarlas y hacerlas asépticas y artificiales, sustrayéndolas al libre albedrío de los actores individuales, para *des-autorizar* al individuo. La herramienta es la *inseguridad*, auténtico ogro de nuestro tiempo: provocar un sentimiento colectivo de vulnerabilidad y amenaza por parte de un alguien supuestamente “más fuerte”, ya sea padre, maestro o pareja, en nombre de una raza, un género o una tendencia sexual –en una sociedad tendencialmente hobbesiana; una forma, si se quiere, de infantilización, de regresión masiva: un amenazante “estado de naturaleza” del que estamos protegidos por legiones de “expertos”, una maraña de comisiones e *instituciones*, todos comprometidos con reformarnos, deconstruirnos, reciclarlos permanentemente. El proceso no tiene nada de complicado: se acentúa, hasta el extremo, la victimización individual: *todos* podemos ser víctimas, aunque (¡ojo!) *algunos más que otros*; se favorece así la intervención, legislativa y/o policial, de la autoridad; de esta forma, las “víctimas” (o sea, potencialmente todos) establecen una relación paternofílica con esta autoridad. Con el efecto paradójico de que mientras el progresismo “republicano” fracasaba en su tarea histórica de prevenir la erosión del estado de bienestar, dejando sin la protección principal, la económica, a grandes masas de población, al mismo tiempo contribuía al crecimiento desproporcionado de otro sector del estado, mucho más peligroso –el represivo, inquisidor, regulador.

En la cultura de la *victimización masiva* uno es alternativamente víctima (potencial) y verdugo (potencial), en una atmósfera de sospecha colectiva, de desconfianza gene-

realizada. Las relaciones se vuelven esquemáticas y artificiales, encerradas como están en una jaula de comportamientos prescritos y regulados, donde una frase morfológicamente “fuera de lugar” puede costar el estigma social. Las relaciones humanas normales y espontáneas se ven gravemente amenazadas: de seguir así, puede llevar *siglos* reconstruir relaciones y redes de solidaridad personal y de confianza mutua seriamente comprometidas por esta ola de desconfianza colectiva. El sueño de todo totalitarismo. La muerte de toda posibilidad de agregación política, de toda *societas*.

Porque el objetivo, aunque no declarado y llevado a cabo de forma aparentemente apolítica, es muy antiguo y estrictamente político, incluso geopolítico. Detrás de la reforma del comportamiento, está el propósito estratégico de *eliminar el poder de los cuerpos intermedios* (en nombre de la “libertad individual”). Concentrar el poder de regular las relaciones (en última instancia también las relaciones económicas) en unas pocas instituciones opacas, inalcanzables y “garantizadas” por *tabúes* sociales convenientemente establecidos por los medios de persuasión. Un cambio gigantesco, más aún que económico, de las relaciones sociales y personales, un dispositivo que identifico con la *tercera ola de disciplinamiento* –después de la aristocrática del siglo XVI y la burguesa-liberal de los siglos XVIII-XIX.

En el trasfondo, nunca declarado, el horizonte último, cruelmente económico: la redistribución estructural del bienestar material en sentido oligárquico y “feudal”, garantizada por el hosco control del hombre sobre el hombre, en una permanente “revisión por pares” que haría (está haciendo) imposible cualquier auténtica agregación. Esta, y no otra, es la cultura de las agencias de *ranking*, en las que estamos inmersos a todos los niveles.

Todo este dispositivo, actualmente en perfecto estado de funcionamiento, tiene, sin embargo, el “defecto” de generar una enorme desconfianza en la “gente corriente”. No es de extrañar que la tan maltratada y ridiculizada “gente” sienta –a pesar de los anatemas de los expertos y de los biempensantes, incluidos impecables “republicanos”–que detrás de las “reformas” y del “progreso civil” se entrevé una sociedad sinientemente fragmentada en guetos y, en última instancia, en mónadas, continuamente “victimizada”, y por lo tanto incapaz de establecer contactos sociales saludables, condenada a desgastarse en una denuncia continua de todos contra todos –como lo demuestra de manera grotesca la creciente tiranía del lenguaje “políticamente correcto”, que es simplemente el eclipse de la isegoría.

Y esta, finalmente, es la raíz de la sensación de perplejidad que invade la cada vez más confusa y vaga constelación de la “izquierda”, pillada con el pie cambiado por las demandas de un nuevo proletariado atemorizado (y que ni siquiera sabe que es

proletariado) por cambios y reformas de las que la “izquierda” no ha sabido identificar la capacidad de destruir cualquier demanda social colectiva.

Ante esta situación, es natural, yo diría que fisiológico, que surja una reacción populista; los anatemas, las execraciones llenas de incompreensión atónita e irritada, no resuelven el problema, ni lo exorcizan. En el horizonte, a pesar de todo, contra la fragmentación y deshumanización del neoliberalismo progresista nacido de las cenizas del republicanismo, se vislumbra la posibilidad de un *populus* cohesionado y compactado por una fuerza que puede llenarse, en esta coyuntura histórica, de cualquier contenido. De nosotros depende librar la batalla con las palabras adecuadas.

Referencias

- Cappelli, G. (2008). Virtud y legitimidad en el humanismo político. En G. Cappelli, A. Gómez (Eds.), *Tiranía. Aproximaciones a una figura del poder*. Madrid: Dykinson.
- Cappelli, G. (2019). *Gros populus*. La Boétie como malentendido sintomático. *Res publica. Revista de historia de las ideas políticas*, 22(1), 31-49.
- Foucault, M. (2001). *Biopolítica e liberalismo*. Milano: Medusa.
- Hankins, J. (2010). Exclusivist republicanism and the Non-Monarchical Republic. *Political Theory*, 38(4), 452-82
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Machiavelli, N. (1981). *El Príncipe*. Madrid, Alianza Editorial.
- Mazzolini, S. (Ed.). (2018). *I giovani salveranno l'Italia*. Reggio Emilia: Imprimatur.
- Mazzolini, S. (2019). Laclau lo stratega: populismo ed egemonia tra spazio e tempo. En F. M. Cacciatore (Ed.), *Il momento populista. Ernesto Laclau in discussion* (pp. 33-74). Milano: Mimesis.
- Mouffe, C. (2005). *On the Political*. London: Routledge.
- Ornaghi, L. (1988). La ‘bottega di maschere’ e le origini della politica moderna. En C. Mozzarelli (Ed.), *Familia’ del principe e famiglia aristocratica*. Roma. Bulzoni.
- Schmitt, C. (2008). *Der Begriff des Politischen* (1927), trad. esp. *El Concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial
- Villacañas, J. L., Ruiz Sanjuán, C. (Eds.). (2018). *Populismo vs. Republicanismo. Genealogía, historia, crítica*. Madrid: El viejo topo.

Vitale, E. (2010). *Difendersi dal potere. Per una resisenza costituzionale*. Roma-Bari:
Laterza.

Rodríguez, J. L. (2013). *El dilema*. Barcelona: Planeta.